

Quinto Domingo del Tiempo Ordinario (A)

Dar sabor de evangelio

Después del día de nuestro bautismo, somos discípulos de Cristo.

La Palabra de Dios de este domingo se dirige entonces, antes que nada, a nosotros.

¡Sumergidos en el amor de Dios, somos sal de la tierra y luz del mundo! Nuestra misión consiste en sazonar el mundo, darle sabor de evangelio (Buena Nueva) y hacer brillar la Luz de Cristo que se nos ha confiado. Fácil de decir, pero difícil de vivirlo.

¿Cómo ofrecer al mundo de hoy un testimonio- ejemplo de fe, proponer la luz del Evangelio sin pasar por un rechazo categórico o ser catalogado de moralista intransigente? Referirse a Jesús es bueno siempre, pero si se habla de la Iglesia a quien habla se “le asume con ligereza, con casi desprecio e indiferencia, o un “quemeimportismo”.

Importa entonces ofrecer la luz evitando de enceguecer, manejando el salero con prudencia. Si ponemos demasiada sal podremos volver salado el plato. El buen cocinero utiliza los aliños para resaltar y o hacer surgir el buen gusto de los alimentos.

Cada Eucaristía renueva nuestro gusto por el Evangelio, revive en nuestros corazones la luz de Cristo. Impulsa y posibilita al Espíritu de inspirarnos el gesto concreto que será proclamación del Evangelio: *“si das al hambriento lo que deseas para ti (de buen corazón) y sacias al hombre oprimido, brillará tu luz en las tinieblas, y tu oscuridad se volverá como la claridad del mediodía”* (Isaías 58,10)

El Evangelio de este domingo nos aporta un albor nuevo: para comunicar de verdad, es necesario ser “la sal de la tierra” y “la luz del mundo”. Y ello no será posible sino cuando nos reunamos alrededor de Jesús. Cristo es como un sabor que da a cada ser humano un gusto que viene del interior. Hemos de ser vigilantes para no dejar que las cosas pierdan su sabor, y no dejar que otros sabores (amargo, ácido, picantísimo) tomen el lugar. Es importante hacer todo lo posible por dar a nuestra vida el gusto de Dios. Es para responder a este llamado que nos reunimos el domingo en las iglesias. Es Él quien nos invita a beber, a “sustraer el agua” en la fuente del amor que está en Él.

La Sal y la luz son reveladores (indicadores, medidores); la sal valoriza los alimentos. La luz ayuda a descubrir, a conocer la belleza de los seres y del mundo. Los alimentos existen antes de recibir la sal. Los seres y el mundo existen antes de ser iluminados. Esto habla extensamente de la misión que Jesús confía a sus discípulos y a nosotros mismos. Nadie tiene necesidad de nosotros para existir. Pero todos nosotros tenemos un papel particular a jugar, a desempeñar. El señor cuenta con nosotros.

Como sal de la tierra, en comunión con Cristo, hemos de revelar a todos los hombres y mujeres el sabor de su vida. Ellos no nos han esperado para vivir de gestos de amor y de compartir bellos. Nosotros vemos que se comprometen en el banco de alimentos y en diversas asociaciones con objetivo humanitario. Algunos olvidan mismo sus vidas. Nuestra misión es testimoniar que Dios está ahí en todos esos gestos y palabras de amor.

Nuestro papel es revelar el nombre de Aquel que actúa a través de ellos. Dios está presente en todo lugar donde hay amor.

“Ustedes son la luz del mundo”, nos dice aun Jesús. Nacer es venir al día, es ver la luz. Nadie puede vivir en la oscuridad, no más los humanos que las plantas. La oscuridad hace morir; la luz es la vida y la alegría de vivir. Como luces del mundo, estamos acá para resaltar (revalorizar) la belleza del mundo. Es la mirada del amor que revela el verdadero rostro de las personas y de las cosas. Pero esto no puede hacerse que en la discreción. Demasiada sal acaba por volver los alimentos repugnantes. Una luz que encandile demasiado puede provocar accidentes en la carretera. Para ser sal y luz, es necesario ante todo amar. La evangelización no es una conquista; es el anuncio de una Buena Noticia. Esto no puede hacerse sino dentro y en una presencia de amor.

Cristo nos previene contra la sal que se vuelve “insalubre” o pierde su sabor. Un cristiano que se aleja de Dios termina por perderle el gusto a la fe. No vive más de la sabiduría de Jesucristo. Es un bueno para nada. Para volver a encontrar el sabor a Evangelio, hemos de venir una y otra vez hacia Aquel quien es la fuente. Así, podremos transmitirlo (ese gusto, ese sabor) a otros y alrededor de nosotros. El Evangelio es una Buena Noticia a la cual es necesario que vengamos incesantemente (referenciarla, alimentarnos de) para alimentarnos (nutrirnos).

No podemos contentarnos con lo que dicen los Medios de Comunicación cada día. Lo importante es que nuestra vida testimonie (muestre, revele) cada día el amor que está en Dios.

P. GUSTAVO QUICENO JARAMILLO.